

## XII

### EN ESPAÑA

No tardó Cortés en sufrir otras persecuciones y envidias, más ó menos solapadas. En España corrían, como siempre, malos vientos contra él. Se le achacaba que había secuestrado el famoso y por nadie visto tesoro de Moctezuma, y que pretendía alzarse con lo conquistado, proclamándose Rey. Los golillas acudían ya, armados de pluma de ganso, tintero de cuerno y papel de barba, á fiscalizar á los conquistadores, acribillados de heridas. Se creaba la poderosa Real Audiencia de México.

Cortés tenía resuelto deshacer toda la máquina de acusaciones, regresando á España á dar cumplida cuenta de su conducta. Entre los rasgos principales del carácter de Cortés, figura la reverencia profunda al César, expresada en la conocida dedicatoria de la culebrina de plata:

«Aquésta nació sin par;  
yo en serviros sin segundo;  
vos, sin igual en el mundo.»

Nadie en mejores condiciones que Cortés para levantarse con el territorio ganado á pulso y á cintarazos; pero es seguro que no dió jamás cabida á tal propósito. Hombre era que, si lo pensase y desease, lo hubiera hecho. En Cortés se identificaban la voluntad y la acción.

Emprendió, pues, la vuelta hacia España, llevándose consigo oro, joyas, plumajes, aves, fieras, acróbatas y danzarines indígenas, y un hijo de Moctezuma, entre otros jefes mexicanos.

Entre las joyas figuraban las célebres esmeraldas, que acaso ejercieron negro

influjo sobre su destino. Habiendo muerto la primera mujer de Cortés, aquella Catalina la Marcaida, con la cual se casó tan á disgusto, una vez en España, el Conquistador celebró segundas nupcias con una sobrina de su grande amigo y valedor el Duque de Béjar, joven, bella é ilustre. Entre los regalos de boda, Cortés incluyó las esmeraldas, por las cuales daba un genovés más de cien mil escudos. Y dícese que la Emperatriz, esposa de Carlos V, deseosa de poseerlas y frustrada en su deseo, quedó resentida con Cortés, y pudo ser parte á que Carlos V se negase á conferirle otra vez el Gobierno de México.

De la poca simpatía de la Emperatriz hacia Cortés hay testimonios históricos. Y es lo curioso que, según parece averiguado, no eran esmeraldas las tales piedras, sino una especie de jade muy verde, pues no existe vena de esmeralda auténtica en los dominios de Moctezuma.

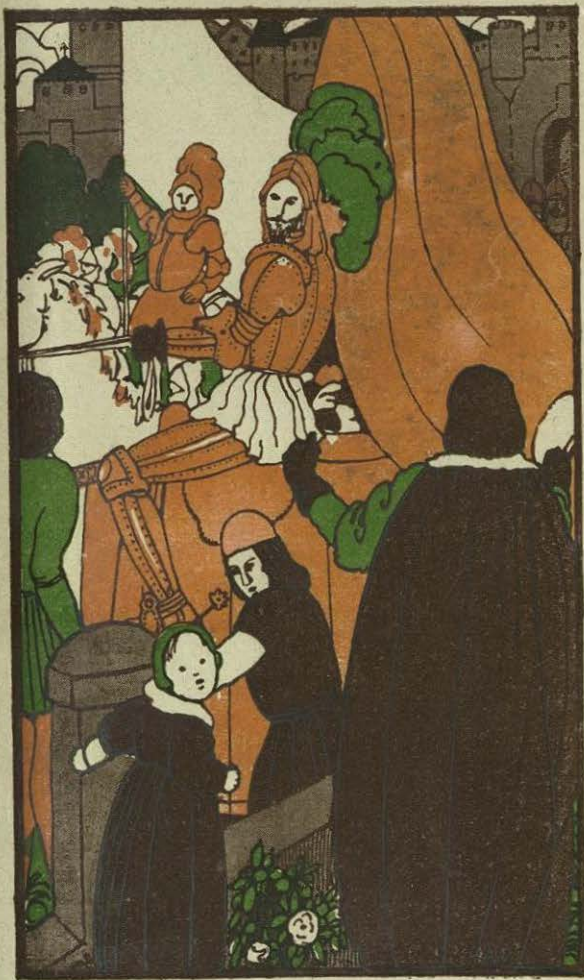
Cortés había desembarcado en el pueblecillo de Palos: allí se encontró con

Francisco Pizarro, su paisano y pariente, que se preparaba á la empresa del Perú. Allí también, hallándose Cortés aposentado en la Rábida, tuvo el dolor de perder á Gonzalo de Sandoval, su mejor colaborador y más fiel amigo.

El viaje de Cortés á Toledo, donde se encontraba el César, revistió carácter triunfal.

En las calles se agolpaba el gentío, ansioso de ver al Jefe y á los indios, vistosos de colores y plumas. Carlos V recibió con altos honores á Cortés, le visitó en persona cuando estaba enfermo, y le dió el título de Marqués del Valle de Oaxaca y dilatados territorios en el mismo valle y en México. Era una mínima parte de lo que él había ganado, y no le permitían que gobernase lo que sólo él era capaz de gobernar cumplidamente.

Se le permitía, eso sí, hacer nuevos descubrimientos, y tal vez esta ilusión llevó á Cortés otra vez á Nueva España, á instalarse en sus Estados, acompañándole en



el viaje su anciana madre y su segunda esposa, doña Juana de Zúñiga. Las hostilidades de los golillas le obligaron á renunciar á la estancia en la capital que había conquistado, reedificado y sellado con su sangre.

Incapaz de ocio infecundo, en sus dominios de Cuernavaca estableció todos los adelantos agrícolas; trajo ganado, explotó minas, y, por añadidura, no cesó de enviar escuadrillas, insistiendo en el descubrimiento del Mar del Sur. En las expediciones, en algunas de las cuales tomó parte activa y corrió terribles peligros, se gastó su hacienda, que nadie le reembolsó. Empobreciéndose, iba tras su amante, la Gloria, adorada hasta el último soplo. Ni aun ha conservado la posteridad el nombre de *mar de Cortés*, dado al golfo de California. Esta parte de la vida de Cortés, tan hazañosa como la primera, quedó oscurecida.

Harto, por fin, de vejaciones de la Audiencia y del primer virrey, Mendoza, vol-

vió Cortés á España para reclamar y exponer sus agravios. Se le hicieron infinitas cortesías; justicia, ninguna. Y como aún ardía su sangre de batallador, se alistó voluntario para la desastrosa expedición de Argel. Habiendo naufragado el barco en que iba Cortés, salvó la vida, pero perdió en el trance las fatídicas esmeraldas, ó lo que fuesen. Se ofrecía Cortés á ganar la plaza si le daban el mando, y añadía:

—¡Sólo siento no tener aquí á mis compañeros de México!

¡Ah! ¡Los compañeros de México! ¡Dónde estaban el buen Sandoval, Tonatiú el rubio, Cristóbal de Olid el degollado, Ordax el del volcán, los hijosdalgos fieros, forjados en bronce! Nadie hizo caso al Conquistador. Ni aun le permitieron tomar parte en las deliberaciones del Consejo de guerra. Era de esos momentos en que se desea acabar de cualquier modo una campaña, y acaso se temía al victorioso Quijote, al que no supo nunca cómo se abandona lo emprendido.

Declinaba ya su fúlgida estrella milagrosa. De vuelta á España, en vano reclamó al Rey para que terminasen sus pleitos y se sentenciasen, y poder retirarse á su casa “á arreglar sus cuentas con Dios”.

Ha corrido en muchos libros, aunque es probablemente invención de Voltaire, la anécdota que pinta á Cortés viejo, achacoso, con traza humilde, tratando de acercarse á la carroza de Carlos V para entregarle un memorial; al Emperador, preguntando desdeñoso: “¿Quién es ese hombre?”, y á Cortés respondiendo: “Soy quien os ganó más reinos que ciudades habéis heredado.”

Repito que no hay base histórica en este cuento, pero expresa y concreta la amarga verdad de la ingratitud regia, el olvido de los servicios más altos y el desconocimiento del genio por sus contemporáneos, por los mismos que le han debido altísimo favor.

Cuando Cortés, retirado en el pueblecillo de Castilleja de la Cuesta, cerca de Sevilla, pensaba volverse otra vez á México, le

sorprendió la última enfermedad: una disentería, infección que entonces la ciencia no sabía combatir. Su hijo don Martín le cuidó tiernamente.

En el testamento de Cortés hay una cláusula que demuestra el ánimo excelso de aquel hombre, á quien sólo la estricta necesidad obligó á ser duro.

“Se disputa—dice en substancia la cláusula—si es ó no lícito poseer esclavos indios. No estando el punto resuelto, suplico á don Martín y á mis herederos que lo averigüen, por ser cosa que toca á mi conciencia.”

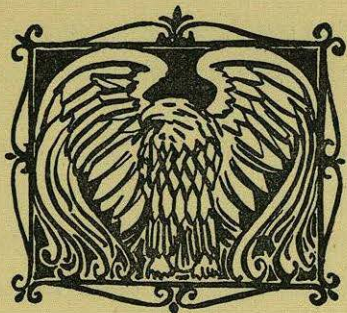
Así termina, con la más humanitaria de las inquietudes, con el sabor más moderno, la vida de tan bronceo Conquistador—del Conquistador por excelencia y antonomasia—. Su cuerpo dispuso que fuese llevado á México, para ser allí enterrado. Consta que murió serenamente, sin desmentir la entereza de su condición.

Hay historiadores que se asombran de no haber visto en toda América un monumen-

to á Hernán Cortés. Menos se asombrarían si comprobasen que en Madrid, donde existen calles céntricas y principales dedicadas á políticos modernos, la de Hernán Cortés es una de las más mezquinas, y ni un obelisco, ni una columna, recuerde á este hombre, prez de su raza y comparable y acaso superior á los héroes antiguos de más alto renombre. En cuanto á México, citemos algo de lo que dice don Francisco Pí y Margall, no sospechoso de favorable ni á Cortés ni á España, en un supuesto *Diálogo entre Guatimozín y Hernán Cortés*: “A mí—afirma el Emperador—es á quien México ha alzado un monumento, en elegante pedestal azteca.”—“Tengo yo—replika Cortés—un pedestal mejor: el de la cristiandad agradecida.”—“Cristianos son—repone Guatimozín—los que me han erigido la estatua.”—Y Cortés sólo responde: “¡Ingratos!”

Todavía añadiré que las cenizas de Cortés estuvieron á pique de ser aventadas en México; que para salvarlas hubo que ocul-

tarlas; que España no curó de reclamarlas y recogerlas, ya que ni en muerte lograba Cortés reposo... y que el homenaje á Cortés no está en mármoles ni en bronces, sino en sus hechos, monumento eterno, superior á las pasiones y á los odios.



## INDICE

	Págs .
I.—Mocedades. . . . .	9
II.—Presagios. . . . .	21
III.—Primeros pasos. . . . .	35
IV.—Las naves de Cortés. . . . .	47
V.—En plena conquista. . . . .	59
VI.—Moctezuma.. . . .	73
VII.—El peligro español.. . . .	87
VIII.—El Dios despierta.—La noche triste. . . .	99
IX.—Otumba.—Los bergantines. . . . .	111
X.—La voz del Dios. . . . .	123
XI.—Meterse en Honduras. . . . .	135
XII.—En España. . . . .	147